

del monroísmo a ultranza sostenido por las revistas de antropología más acreditadas de Gran Bretaña y, sobre todo, de Norteamérica, hay que tener en cuenta la orfandad casi completa en que se desenvolviera la labor de nuestro compatriota durante los años cuarenta y gran parte de los cincuenta. Casi medio siglo después, algún joven antropólogo ha fustigado la rudimentariedad metodológica y el asistematismo de una parte de los «trabajos de campo» del autor de *Razas, pueblos y linajes* (Madrid, 1957, 358 pp.). No es hora de entrar en el terreno de los especialistas y sus odios africanos —de los que don Julio ha huido siempre como del diablo, pero, reconozcámoslo, alimentándolos en ocasiones con su permanente menosprecio por la tarea de cátedras y seminarios... Mas con todo, y a riesgo de insistencia, desconocer la sustancia de los resultados a que Caro Baroja llega comúnmente en sus análisis sobre la textura antropológica de los españoles entrañaría no sólo una flagrante injusticia, sino también, y muy principalmente, un grave yerro científico.

Un estudio escrito en sus líneas medulares en la vertiente que ahora nos ocupa y al que ni el más aristarco de los especialistas podrá baldonar es el ya mencionado *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, 1969, 442 pp. A caballo, como muchas otras de las obras de Caro Baroja entre la etapa moderna y contemporánea, es un libro sobresaliente como ya, deslumbrados, comentábamos a raíz de su aparición en el desaparecido *Índice Histórico Español*. Aun cuando la insuficiencia documental sea quizás el único reparo de entidad que cabría hacer al trabajo dada la vastedad de su tema, la movilización de fuentes y material de muy diverso tipo llega a ser apabullante, así como la finura de su análisis y el magistral ritmo con que la obra está compuesta. Esta expresión arquetípica de la literatura popular —los pliegos de ciego—, tan utilizada en Francia —en idénticas o similares versiones— por los historiadores, apenas si ha sido empleada por los contemporaneístas españoles incluidos aquellos que, por sus declaraciones programáticas, más inclinados a su rastreo deberían mostrarse. Como en la producción de los autores prolíficos —y Caro Baroja lo es en gran grado sumo...!— la cronología de sus creaciones es muy ilustrativa de las vicisitudes personales y colectivas. En la pleamar de las corrientes «antiacadémicas» en la que la citada obra vio la luz, sus intenciones y contenido entrañaban, a la vez, una denuncia y un grito de combate.

¿Cuál es la visión de Caro Baroja de la historia española contemporánea? Declaradamente pesimista. Sus élites gobernantes, sin salvedades ni matices, han rivalizado hasta las mismas fronteras de la actualidad candente, en despropósitos y torpezas, sin autocrítica ni sentido de la responsabilidad. Una tras otra, despreciaron las coyunturas favorables para construir un futuro esperanzador. Como consecuencia de la oligarquización política,

la injusticia se ha cebado en la andadura contemporánea de la nación. Por su lado, a la búsqueda de un modelo que equilibrase mínimamente las múltiples asintonías de una sociedad crecientemente invertebrada en el siglo XIX a medida que los procesos desamortizadores y fiscales no redistribuyeron la riqueza y el centralismo liberal asfixiaba la vida de las regiones, los intelectuales no llegaron a ningún consenso alejados de la utopía y la irrealidad. Pero a la hora de escarbar en el hondón de las causas de este letargo y postración, el escalpelo de nuestro autor topa con factores de entidad acaso más trascendentes. Entre las muchas deformidades de la sociedad hispana, dos son las principales fallas que han impedido a los españoles acceder al nivel de los pueblos más desarrollados de Occidente. El fanatismo y la carencia de espíritu de continuidad, consecuencia y efecto, en buena parte, de la intolerancia. Liberal por genética y educación, centenares de páginas de las miles salidas de la pluma carobarojiana vienen a ser una implacable requisitoria contra la proclividad celtíbera del monopolio de la verdad y el desprecio dogmático de lo desconocido. El infierno particular de don Julio se encuentra a rebosar con clerigalla varia, rúbulas, dómines, tecnócratas y politicastros sin distinción de partidos ni credos. Como en todos los hombres que han vivido sin ser molestados bajo una dictadura, algunas veces los argumentos *ad hominem* y la apología de su insobornable liberalismo pueden parecer algo descarnados o artificiosos; mas aun así, no cabe dejar de ratificar y aplaudir lo acertado del diagnóstico de Caro Baroja respecto a las causas más profundas de la astillada convivencia nacional durante un amplio tramo de su recorrido en los últimos siglos.

La ausencia de *esprit de suite* delata ostensiblemente la grave fractura provocada en la conciencia nacional por una intransigencia erigida en norma invariable de la conducta privada y, aun más, de la pública. Este adanismo puesto igualmente al descubierto y condenado por otros muchos autores de la misma estirpe de don Julio y sobre el que, a propósito de Azaña, ha escrito Juan Marichal líneas de insuperable agudeza, malbarató las coyunturas más propicias surgidas en nuestro pasado inmediato para que el país superase el decalaje respecto a otras naciones de su misma esfera cultural y geográfica. Al tejer continuamente la tela de Penélope se ha carecido de la mínima continuidad para acometer cualquier empresa de relevancia en el plano material e ideológico. Los hombres de la generación de Caro Baroja han tenido una especial sensibilidad para captar esta mancuada de la convivencia española al vivir bajo dos dictaduras, una guerra civil y una república de actitudes jacobinas. En tal terreno, la crítica de Caro Baroja no conoce solución de continuidad y, si cabe, recogiendo una de las últimas confidencias que le hiciera Ortega, se torna en catoniana al enjuiciar la actuación de todos los prohombres del régimen de 1931.

La hipercrítica hacia éstos puede explicarse por atribuirles la principal responsabilidad en el hundimiento de la España dialogante y abierta a todos los aires del progreso moral y económico propugnado por la Institución Libre de Enseñanza, que es quizás el único organismo español contemporáneo que merece un aplauso sin reservas de Caro Baroja, cuyos ideales y aspiraciones juveniles se identificaron en un cien por cien con los difundidos por don Francisco Giner y sus discípulos. Integrado el mismo en la esfera de la ILE como alumno del Instituto-Escuela madrileño, completo durante sus años en éste el conocimiento del mundo —personas y tareas— conformado por el pensamiento gineriano. Su propia madre le estimuló constantemente a ello así como los visitantes y amigos de su casa. El hipercriticismo habitual de sus interpretaciones y análisis cederá aquí un tantico para expresar una incondicionalidad sin reservas al ideario que troqueló su niñez, coincidente con unos «felices veinte» que para él no lo fueron: «La época transcurrida de 1920 a 1930 es para mí, desde un punto de vista emocional, la parte más importante de mi vida. Desde un punto de vista intelectual no tanto, claro es. Y puedo añadir que casi todo lo que floreció con esplendor en aquella década, en artes y letras, en política y costumbres, me produce aún hoy repugnancia o aversión, como anticipo de lo que más me sigue repugnando.

Fue la época en que alcanzó mayores triunfos el fascismo de Mussolini y en que se afianzó el estalinismo. Fue la época en que Inglaterra y Francia tuvieron los políticos más flojos que puede imaginarse, fue cuando los artistas abstractos alcanzaron un crédito del que viven aún; cuando se hicieron por vez primera infames bloques de arquitectura cubista y funcional; cuando la prosa española se convirtió en puro trabajo de marquetería o en gorgorito presuntuoso. Queda aquí algo importante de entonces, que es la poesía. Pero para mi ánimo juvenil, puritano, estaba condenada con todo lo demás y ostentaba un carácter profesoral o de señoritismo universitario que no me atraía. Era, además, esencialmente andaluza, llena de imágenes. Y sólo al borde de la cuarentena ha empezado a gustar del andalucismo [...] Vivía sumergido en el mundo de mis padres y de mis abuelos y pensaba en tiempos todavía más lejanos mirando más hacia atrás. No podía prever lo horrible que iban a ser los tiempos que se aproximaban; pero si me hubieran dado a elegir entre contemplar el Madrid del año 2000 o el de 1800 hubiera preferido ya ver éste y no aquél. Lo mismo hubiera dicho pensando en el rincón de Vera, en Londres o París. No se diga nada de Italia. Algo de la herencia de mis antepasados genoveses me ha hecho acaso odiar la idea de 'l'unità', con sus consecuencias dannunzianas y mussolinianas» (*Los Baroja. Memorias familiares*, Madrid, 1972, 243- 4).

Fracasada la República y sobrevenida la guerra civil, apenas veinteañero, don Julio quedó deshabitado de sus ilusiones más queridas y entró en una fase de exilio interior que, según cabe colegir de algunas de sus declaraciones últimas, todavía no ha concluido. Si a sus ojos el franquismo fuera, en ciertos aspectos, el reino de las tinieblas o al menos del oscurantismo, la democracia no ha acabado de satisfacer las expectativas que este rebelde encorbatado y doblemente académico depositase en ella, no como diosa reparadora y mucho menos vengadora de las tropelías del régimen precedente, sino como materialización de todos los sueños —especialmente, morales— que iluminaron la travesía del desierto por la dictadura. En un presente sin memoria, también el sistema instaurado en 1977 ha seguido anclado en el desprecio a la cadena de las generaciones y, en definitiva, al sentido de la continuidad que crea y fundamenta la asistencia de un pueblo. En múltiples ocasiones y páginas ha explanado Caro Baroja con pesar y justicia esta idea-madre de su credo y vida, pero acaso nunca con tan contenido dolor y melancolía como en su admirable elogio de un gran español y hombre de ciencia, don Luis de Hoyos Sainz, que, pese a su extensión, no podemos por menos de copiar por la carga emotiva y psicológica que encierra: «Don Luis de Hoyos fue un hombre de su siglo, es decir del siglo XIX. Como otras grandes personalidades nacidas algo antes o poco después, tuvo una fe ciega en el valor social de la Ciencia y la cultivó sin especializaciones prematuras, con cierta visión unitaria, que hoy hemos perdido bastante. Salió fuera de España para aprender. Volvió con grandes relaciones, que mantuvo a través de sociedades científicas, de congresos de Antropología, etc. Sirvió fielmente al Estado y creyó en la reforma de la Enseñanza y en la mejora de la sociedad, por medio de la educación. Pongo ahora todas estas palabras en mayúscula, de modo deliberado. Vivió Hoyos en plena era 'regeneracionista'. Su admiración por Costa es significativa. Pese a la guerra, pese a los sinsabores, su brío juvenil, su moral optimista de pedagogo, nunca se quebrantaron. Llegamos en 1968 a la fecha del centenario de su nacimiento y con motivo de ella me pregunté en público: —¿Qué queda, qué *nos* queda, de este optimismo, de esta tenacidad en el trabajo individual y colectivo, de esta capacidad de curiosidad, por temas múltiples? Mi respuesta personal fue pobre y negativa. Individualmente he trabajado tanto como el que más. Pero a mi trabajo no le ha acompañado el ardor optimista, ni se ha desarrollado en un ambiente de colaboración. Algo falla en los hombres de mi generación desde el punto de vista social. Fácil es adivinar que, en parte, algo falla también en la colectividad, en la sociedad misma. Se habla de grandes realizaciones en el campo de la investigación, de la ciencia. Por doquier surgen nuevos y flamantes institutos, universidades, laboratorios. Todo esto está muy bien. Pero hablemos,

ahora, de continuidad. Sin salirnos del marco de las instituciones y actividades dentro de las que se desarrolló la vida pública de don Luis de Hoyos, podemos preguntarnos: —¿Qué pasa con el antiguo Museo Antropológico, donde trabajaron Cajal, Olóriz, Aranzadi, Hoyos, etc.? ¿Qué ha sido del humilde laboratorio de don Santiago, de la colección de cráneos formado por Olóriz? ¿Qué de parte de las colecciones de Filipinas? ¿Cómo 'vive' el Museo del Pueblo Español? Signos graves de que la 'continuidad' se ha roto los hallaríamos en otras partes. Ahora bien: —¿Qué Ciencia puede hacerse sin cierto espíritu de continuidad en las instituciones? Los hombres del día dan la callada por respuesta y hablan de lo que ellos crean. Ya se verá lo que pasa a la vuelta de unos años, si los que les suceden demuestran la misma indiferencia (o incluso hostilidad) hacia los organismos que funcionaron o se fundaron en el pasado inmediato. Porque lo que digamos los pocos que creemos mantener un espíritu de continuidad solitario, individual, sin repercusión social alguna, carece de interés. No somos más que sombras, proyectadas en el vacío. Sombras acaso muy típicamente españolas, porque en España la continuidad no existe. Si el olvido periódico e incluso sistematizado, planificado» (*Biografías y vidas humanas*, San Sebastián, 1986, 149-151).

A manera de promontorio inaccesible, dados los presupuestos del trabajo científico actuales, Julio Caro Baroja se alza como figura egregia del paisaje intelectual de la España de la segunda mitad del siglo XX, estimulante y alentadora para todas las navegaciones de la inteligencia. No obstante todos sus deseos de metamorfosis histórica para haber vivido en tiempos de los enciclopedistas e ilustrados, como ciudadano de la Atenas de Pericles o de la Florencia de los Medicis, Caro Baroja encarna, arquetípicamente, la figura del intelectual del siglo XX, esta centuria despiadada con los espíritus que, como él, se han afanado contra viento y marea, por mantener insobornablemente los principios de la coherencia y el rigor. Merced a su ejemplo, aún es posible la esperanza en un mundo y, por ende, en una España algo mejor...

José Manuel Cuenca Toribio